

Adhesión viva a Jesucristo

Cuando comencé a preparar la homilía de este domingo y me puse a pensar sobre los textos que nos hablan al corazón, me acordé de que J.A. Pagola tenía una preciosa reflexión sobre este texto evangélico (Mt 16,13-20), que, cuando lo leí, me impresionó mucho. Volví a leerlo y pensé que lo mejor era hacer un pequeño resumen de sus palabras para que nos enriquezcan y nos ayuden a dar respuesta a nuestra fe en Jesucristo.

Adhesión viva a Jesucristo

No es fácil -dice Pagola- intentar responder con sinceridad a la pregunta de Jesús: «¿Quién decís que soy yo?». En realidad, ¿quién es Jesús para nosotros? Su persona nos llega a través de veinte siglos de imágenes, fórmulas, devociones, experiencias, interpretaciones culturales... que van desvelando y velando al mismo tiempo su riqueza insondable.

Pero, además cada uno de nosotros vamos revistiendo a Jesús de lo que somos nosotros. Y proyectamos en él nuestros deseos, aspiraciones, intereses y limitaciones. Y casi sin darnos cuenta lo empequeñecemos y desfiguramos, incluso cuando tratamos de exaltarlo.

Pero Jesús sigue vivo. Los cristianos no lo hemos podido disecar con nuestra mediocridad. No permite que lo disfracemos. No se deja etiquetar ni reducir a unos ritos, unas fórmulas o unas costumbres.

Jesús siempre desconcierta a quien se acerca a él con postura abierta y sincera. Siempre es distinto de lo que esperábamos. Siempre abre nuevas brechas en nuestra vida, rompe nuestros esquemas y nos atrae a una vida nueva. Cuanto más se le conoce, más sabe uno que está empezando a descubrirlo.

Jesús es peligroso. Percibimos en él una entrega a los hombres que desenmascara nuestro egoísmo. Una pasión por la justicia que sacude nuestras seguridades, privilegios y egoísmos. Una ternura que deja al descubierto nuestra mezquindad. Una libertad que rasga nuestras mil esclavitudes y servidumbres.

Y, sobre todo, intuimos en él un misterio de apertura, cercanía y proximidad a Dios que nos atrae y nos invita a abrir nuestra existencia al Padre. A Jesús lo iremos conociendo en la medida en que nos entreguemos a él. Solo hay un camino para ahondar en su misterio: seguirle.

Seguir humildemente sus pasos, abrirnos con él al Padre, reproducir sus gestos de amor y ternura, mirar la vida con sus ojos, compartir su destino doloroso, esperar su resurrección. Y, sin duda, orar muchas veces desde el fondo de nuestro corazón: «Creo, Señor, ayuda mi incredulidad».

La pregunta «¿quién soy yo?» tiene un contenido nuevo. No es una cuestión sobre Jesús; sino sobre nosotros mismos. ¿Quién soy yo? ¿En qué creo? ¿Desde dónde oriento mi existencia? ¿A qué se reduce mi fe?

Todos tenemos que recordar una y otra vez que, la fe no se identifica con las fórmulas

que pronunciamos. Para conocer mejor el alcance de lo «que creo» es necesario verificar cómo vivo, a qué aspiro y cómo me comporto.

La pregunta de Jesús sigue pidiendo todavía una respuesta a los creyentes de nuestro tiempo. No todos tenemos la misma imagen de Jesús. Y esto no solo por el carácter inagotable de su personalidad, sino, sobre todo, porque cada uno de nosotros va elaborando su imagen a partir de nuestros intereses y preocupaciones, condicionados por nuestra psicología personal y el medio social al que pertenecemos, y marcados por la formación religiosa recibida.

No obstante, la imagen de Cristo que podamos tener cada uno de nosotros tiene importancia decisiva para nuestra vida, pues condiciona nuestra manera de entender y de vivir la fe. Una imagen empobrecida, unilateral, parcial o falsa de la fe nos llevará a una vivencia empobrecida, unilateral, parcial o falsa de la fe. De ahí la importancia de evitar posibles deformaciones de nuestra visión de Jesús y de purificar nuestra adhesión a él.

Por otro lado, es pura ilusión pensar que uno cree en Jesucristo porque «cree» en un dogma o porque está dispuesto a creer «en lo que la Santa Iglesia cree». No es suficiente. En realidad, cada creyente cree en lo que cree él. Es decir: En lo que personalmente va descubriendo en su seguimiento de Jesucristo, aunque, naturalmente, lo haga dentro de la comunidad cristiana.

Para ser un buen creyente la fe supone seguimiento y conocimiento de la persona de Jesús el Señor, conocimiento y profundización, no puede haber imágenes fijas como si fuese un cuadro pintado. Jesús es movimiento constante, nadie lo puede encerrar en fórmulas fijas. Él siempre nos va a estar interpelando. Por eso los cristianos tenemos que responder con sinceridad a esa pregunta interpelante de Jesús: «Y vosotros: ¿quién decís que soy yo?»

Ibn Arabí escribió que «Aquel que quedó atrapado por esa enfermedad que se llama Jesús ya no tiene cura».

Quiera Dios que se así para todos nosotros.

<http://www.monasteriodesobrado.org/>